

Andrés Navas Flores

Subdirector de Investigación, Departamento de Matemática y Ciencia de la Computación, Universidad de Santiago de Chile

Presidente de la Sociedad de Matemática de Chile

Premio del Consejo Matemático de las Américas 2013

¿Cuándo nació la Matemática en Chile? Al responder a esta pregunta se corre el riesgo de pasar por alto, entre otros, los conocimientos acumulados por las culturas ancestrales, o el trabajo incomprendido de Ramón Picarte en el siglo XIX. Sin embargo, en términos actuales, lo concreto es que el primer artículo de Matemática publicado en una revista internacional y firmado por un académico de una universidad de nuestro país (Roberto Frucht, UTFSM) data de 1949. Desde entonces, esta ciencia ha tenido un desarrollo sostenido a nivel local, llegando a un punto en el que es costumbre que matemáticos chilenos publiquen artículos en las mejores revistas del mundo o bien obras completas bajo el alero de las editoriales más prestigiosas. A esto se suma el que, habitualmente, se organicen en Chile conferencias de impacto internacional. Por ejemplo, para 2015 destacan el “Congreso Internacional de Física Matemática” en Santiago, evento mundial realizado trianualmente, y el congreso en teoría del caos “Dinámica más allá de la hiperbolicidad” en Olmué, organizado por el Centro de Sistemas Dinámicos y Temas Relacionados (proyecto Anillo 1103 de CONICYT) con el soporte institucional de la USACH y la PUCV.

Sin embargo, medir la actividad científica únicamente a partir de publicaciones y conferencias es un profundo error. La matemática, y en general toda la ciencia, es ante todo una actividad social: gran parte de su valor radica en el impacto que tiene en la sociedad y en la manera en que se retroalimenta de ella. Es en estas direcciones en las que existe todavía un largo camino por recorrer. Necesitamos una comunidad científica más proclive a invertir parte de su escaso tiempo en la divulgación de sus logros y conocimientos. Paralelamente, necesitamos instancias (tanto a nivel universitario como gubernamental) que valoren estas actividades más allá del modelo académico estandarizado que impera actualmente y que tiende a reducir todo a indicadores de fácil manejo. Pero, sobre todo, necesitamos que nuestras elites crean en las potencialidades de nuestros investigadores y que el país se arriesgue a invertir *en y a partir de* las ideas.

Sólo de esta manera avanzaremos en la resolución conjunta de problemáticas científicas y sociales, como las brechas socioeconómica y de género en la composición de nuestra comunidad científica, la baja complejidad de nuestra economía, la escasez de políticas públicas y soluciones adecuadas a nuestra realidad social y geográfica, y la invisibilidad de la ciencia en el horizonte cultural de Chile.